

Para una pastoral de la cosecha

¿Qué mirada? ¿Qué práctica? (publicada en la revista Christus Nº 252, octubre 2016, p. 61-69)

Por André Fossion¹

La cosecha es abundante, nos dice el Evangelio. Los tiempos están maduros para la cosecha. Por oposición al sentimiento de impotencia que existe, tal vez necesitemos cambiar de mirada y adoptar una pastoral que yo llamaría “de la cosecha”: una pastoral que descubre y promueve en la sociedad los valores evangélicos que ya están difundidos en ella, invitando a reconocer en esa sociedad, y en el nombre de Jesucristo, al Reino de Dios que se acercó a nosotros.

Para pensar en ello, tomaré como guía un pasaje del Evangelio de Lucas (10, 1-12)² que relata el envío de los discípulos a la misión, para encontrar en este texto una inspiración y, al mismo tiempo, una ocasión para aludir a nuestra actualidad.

Después de esto, el Señor designó a otros setenta y dos, y los envió de dos en dos para que lo precedieran en todas las ciudades y sitios adonde él debía ir. Y les dijo: «La cosecha es abundante, pero los trabajadores son pocos. Rueguen al dueño de los sembrados que envíe trabajadores para la cosecha. ¡Vayan! Yo los envío como a ovejas en medio de lobos. No lleven dinero, ni alforja, ni calzado, y no se detengan a saludar a nadie por el camino. Al entrar en una casa, digan primero: «¡Que descienda la paz sobre esta casa!». Y si hay allí alguien digno de recibirla, esa paz reposará sobre él; de lo contrario, volverá a ustedes. Permanezcan en esa misma casa, comiendo y bebiendo de lo que haya, porque el que trabaja merece su salario. No vayan de casa en casa. En las ciudades donde entren y sean recibidos, coman lo que les sirvan; curen a sus enfermos y digan a la gente: «El Reino de Dios está cerca de ustedes». Pero en todas las ciudades donde entren y no los reciban, salgan a las plazas y digan: “¡Hasta el polvo de esta ciudad que se ha adherido a nuestros pies, lo sacudimos sobre ustedes! Sepan, sin embargo, que el Reino de Dios está cerca». Les aseguro que en aquel Día, Sodoma será tratada menos rigurosamente que esa ciudad.

Ser discípulos de Cristo enviados por delante de él a la cosecha

En este texto de Lucas, la comunidad de los discípulos está reunida para una misión común. Todos son miembros activos de esta misión; participan, en este caso, en grupos de a dos lo cual los obliga, por consiguiente, a una estrecha colaboración interpersonal. Observemos que los discípulos no están detrás de Jesús, ni siquiera a su costado: son enviados por delante de él. A ellos les corresponde abrir los caminos, tomar la iniciativa y ejercer plenamente su responsabilidad. Están a cargo del timón, ellos conducen, no son conducidos. Notemos asimismo que fueron enviados no

¹ André FOSSION es jesuita, profesor del Centro Internacional Lumen Vitae (Namur, Bélgica). Sus últimas obras son *Dieu désirable*, Novalis, Lumen Vitae, Namur, 2010; *Une nouvelle fois. Vingt chemins pour (re)commencer à croire*, Nouvelle Édition, Lumen Vitae, Namur, 2016. Avec Jean-Paul LAURENT, *Lire pour vivre. Soixante-dix lectures de textes évangéliques*, Lumen Vitae, CRER, Namur, Angers, de aparición en octubre de 2016.

² Evangelio del 14º domingo, ciclo “C”, en la versión de El Libro del Pueblo de Dios, Fundación Palabra de Vida, Ed. San Pablo.

para sembrar, plantar o laborar la tierra, sino para trabajar en una cosecha. Los tiempos están maduros, los frutos están allí; ha llegado el momento de recogerlos.

Este envío misionero de los discípulos permanece como una interpelación viva para las comunidades cristianas de hoy día que a menudo son atrapadas por un sentimiento de impotencia frente al deterioro que afectó y sigue afectando, numérica y culturalmente, al cristianismo³. Las palabras, las imágenes, los símbolos, los ritos de la tradición cristiana, particularmente en el mundo juvenil, ya no tienen sentido. A este respecto, se ha hablado de “exculturación” del cristianismo, particularmente en su versión católica⁴. Sin embargo, “aunque esta nueva situación es un desafío enorme, es también una oportunidad y una gracia⁵”, subraya Mons. Jozef De Kesel, arzobispo de Bruselas, como si nuestro tiempo, bajo una mirada renovada, ofreciera una oportunidad única para la cosecha. En efecto, los tiempos han cambiado. Las actuales comunidades cristianas vivas no pertenecen más a un modelo de Iglesia piramidal que está únicamente en manos del clero. Ellas se han convertido antes que nada en comunidades fraternales cuyos múltiples y diversos servicios están a cargo de sus mismos miembros, hombres y mujeres, comprometidos personal y solidariamente en nombre de su fe. En este sentido, el Concilio Vaticano II ha producido sus frutos. Puso en valor el compartir la Palabra y el Pan Eucarístico, el servicio a los demás, la corresponsabilidad y el sacerdocio común. Desde este punto de vista, en la óptica de una pastoral de la cosecha, tenemos ya el derecho de decir que hoy, en todo caso, en el seno de la Iglesia, nos encontramos en un período de cosecha, sin duda todavía inconclusa, de aquello que el Concilio sembró. Y también fuera de la Iglesia florecen los valores. Los discípulos primero deben recogerlos. Luego, vendrá el anuncio.

Dulzura de modos y pobreza de medios

En la andadura de la renovación conciliar, ¿cómo poner en obra esta pastoral de la cosecha en la sociedad misma? El texto de Lucas puede orientarnos. Desde el vamos precisa la manera de hacerlo: “Ser como corderos”, “No lleven dinero, ni alforja ni calzado”; dicho de otro modo, la dulzura y la pobreza de medios. Ello no significa que la pastoral no requiera de medios –los necesita- sino que la adhesión de una persona a los valores del Reino tanto como a la misma persona de Cristo, no es jamás el fruto de una presión o una fuerza cualquiera ejercidas sobre ella. La adhesión al Evangelio es un consentimiento libre, un testimonio del testimonio recibido, en el seno de una relación desprovista de toda violencia. Recordemos la recomendación del apóstol Pedro: “Estén siempre dispuestos a defenderse delante de cualquiera que les pida razón de la esperanza que ustedes tienen. Pero háganlo con delicadeza y respeto⁶”. El mismo Pablo, para dar testimonio de Jesucristo crucificado, asumió la fragilidad y la dulzura: “Por mi parte hermanos, no quise saber nada fuera de Jesucristo, y Jesucristo crucificado. Por eso me presenté ante ustedes débil, temeroso y vacilante⁷”. La suavidad, la fragilidad, la vulnerabilidad son una ventaja, subraya Marie Balmory, para un encuentro auténtico entre dos personas: “Toda escucha reposa sobre el no-

³ Cfr. Cahiers de la Revue Théologique de Louvain, *La situation critique de l' Eglise Catholique, Analyses et Perspectives*, N° 40. Peeters, Leuven, 2015.

⁴ Danièle HERVIEU-LEGER, *Chatolicisme, la fin d'un monde*, Bayard, Paris, 2003.

⁵ Mons. Jozef DE KESEL, “L' évangelisation, défis et chances” in “L' évangelisation: une annonce gracieuse, Cahiers Internationaux de Théologie pratique, Série “Actes” N° 9, publicados en el sitio www.pastoralis.org, Universidad Católica de Lovaina, Universidad Laval (Québec), Instituto Católico de París, 2016, p. 8.

⁶ 1Pe 3, 15-16

⁷ 1Cor 2, 1-5

saber, dice ella. Y toda verdadera presencia [reposa] sobre la renuncia a la omnipotencia (...) Desaparecida la fragilidad, el lugar del encuentro desaparece con ella⁸.” Tal es, a fortiori, la condición de los testigos del Evangelio: la renuncia al empleo de la fuerza los dispone al encuentro, los expone a la recepción del otro, a escucharlo, pero también, es verdad, lo expone a la violencia de los “lobos”. Pero que se abstengan firmemente de toda violencia y que no se transformen a su vez en lobos entre los lobos; que avancen desarmados, vulnerables. Esa es su fuerza.

Un “ir hacia” y un voto de paz dirigido a todos

Dentro de este espíritu de suavidad en los modos, la pastoral de la cosecha comienza por un “ir hacia” y por un deseo de paz dirigido a todos, a priori, sin excepción, sin condiciones ni examen previo: “Paz a esta casa”; paz a todos aquellos y aquellas que la habitan. No es el testigo del Evangelio quien abre las puertas y recibe en su hogar. Él es quien se desplaza y se arriesga a ser recibido por otros, quienesquiera que sean, sin filtrarlos por sus prejuicios o sus costumbres. ¿Es así como procedemos habitualmente? Sobre este punto tenemos, sin duda, mucho para aprender e inventar. Nuestras comunidades pretenden ser acogedoras, pero ¿esta hospitalidad organizada por ellas no es en realidad un potente filtro, una barrera que muchos no franquearán jamás? Por otra parte, pretenderse hospitalario, ¿no es asumir inconcientemente la posición superior de aquel que está regalando algo? Jesús, de hecho, no les pide a sus discípulos que sean hospitalarios; él los envía a arriesgarse a la hospitalidad del otro, en el lugar del otro, sin hacer acepción de personas. ¿No es por cierto en este espíritu, que el papa Francisco invita a las comunidades cristianas a desplazarse hacia las periferias, a salir de sus propios lugares habituales, a trasladarse muy particularmente hacia los lugares de exclusión y de pobreza, para enseñar allí los valores vividos, ser acogidos allí y a la vez acoger? En efecto, la hospitalidad es siempre recíproca: la palabra huésped designa tanto a aquel que recibe como al que es recibido.

Hacerse amigos a partir de los valores y para causas comunes

El testigo del Reino enviado hacia el otro, comienza el vínculo con él esperando ser recibido. Su deseo de paz abre un espacio posible de relación calmada pero no lleva la paz por sí solo. Para que la paz se instale, es necesario que el otro sea “un amigo de la paz”, familiarizado con las bienaventuranzas evangélicas. La verdadera paz (no la del vencedor que se impone por la fuerza), requiere en efecto que las dos partes consientan en brindársela mutuamente. La paz es la institución de un pacto entre varios. Por cierto, la palabra pacto es literalmente otra palabra para decir “paz”. Hacer una alianza pasa por instancias concretas de mediación; compartir, beber y comer juntos, hablar, intercambiar, dar, recibir y devolver. Es decir que los testigos del Evangelio deben estar atentos en su entorno, en la sociedad civil, en las asociaciones, en las organizaciones intermedias, a todas las ocasiones que en ellas encuentren de hacer alianzas en base a los valores compartidos, por causas humanas comunes, ya sea que el Evangelio las inspire o que las reconozca como ya existentes en la sociedad. Esto implica que los testigos deben volcar una mirada positiva sobre los seres humanos y sobre su mundo que busque aprender de ellos, como Jesús mismo lo hizo, la práctica de las bienaventuranzas y toda la creatividad que puedan volcar allí. Que los discípulos enviados delante del Señor no olviden pues, que el Espíritu de Cristo les precede en “la

⁸ Marie BALMARY, “Fragilités, condition de la parole selon la Bible et la psychanalyse” in “La fragilité. Faiblesse ou richesse?”, (collectif), Albin Michel, Paris, 2009, p. 30.

Galilea de las naciones⁹ y sin duda, se sorprenderán y admirarán de encontrarlo allí. Pero el discípulo de Cristo no debe quedar en deuda con el Espíritu. Que todo su arte consista también, en medio del mundo, en “disponer su vida para hacerse de amigos¹⁰”, para que apoyándose sobre los valores ya existentes, la amistad nazca y crezca, no con un fin proselitista, no para hacer nuevos discípulos de Cristo, sino porque desde el principio, la paz, la misericordia, la concordia, la sed de justicia –es decir, todas las bienaventuranzas- son valores en sí mismos, valores universales que el Evangelio viene a confirmar y a transfigurar al conferirle un aumento de sentido divino, al punto de hacer reconocer en ellos al Reino de Dios que se ha acercado. La amistad es el signo y el fruto de ello.

Un anuncio del Reino injertado sobre su presencia ya existente, en acto.

Aún antes de ser anunciado y reconocido, el Reino de Dios está presente en todas partes, en todas las naciones, culturas o religiones, donde se vive o se inventa la práctica de las bienaventuranzas evangélicas. El Reino está presente en acto en la hospitalidad, en la convivialidad y en las obras de misericordia. Es el primer fruto del Reino de Dios, una primera gracia, su fruto esencial; el único necesario. Porque la práctica de las bienaventuranzas es un efecto del Reino y basta para recibirlo en herencia. Pero si esta gracia es primera y fundamental, existe otra gracia suplementaria, deseable y preciosa que se ofrece: la gracia de reconocer al Reino explícitamente. Ahora, para ello hace falta que el Reino sea nombrado, anunciado y proclamado. Este es precisamente el rol del testigo del Reino: unir al ejercicio de la caridad una palabra que revele sentido de la misma: “Curen a los enfermos y díganles: el Reino de Dios está cerca” leemos en el texto de Lucas. Es sobre la base de una práctica concreta, a partir de ella y por ella, que se hace un anuncio del Reino. Si el discípulo de Cristo tiene un mensaje que entregar es porque primero ha sido llamado a la caridad, ya que si no su palabra será vana y vacía: “Si no tengo amor soy como una campana que resuena o un platillo que retiñe¹¹”. Lo mismo ocurre con la Iglesia; está llamada a ser un cuerpo de caridad –un cuerpo parlante- en la carne del mundo, “en un constante cuerpo a cuerpo¹²”, diría el papa Francisco. Y es sobre el ejercicio concreto de la caridad compartida, donada y recibida, que se injerta el anuncio del Reino.

Este anuncio del Reino es un acto de caridad suplementaria; es un anuncio que ofrece a aquel que lo escucha un bien que es precioso por todo lo que le permite reconocer, vivir y celebrar. La primera carta de Juan expresa con fuerza este fruto del anuncio para quien lo recibe: “Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos tocado con nuestras manos acerca de la Palabra de Vida, se lo anunciamos también a ustedes para que vivan en comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Les escribimos esto para que vuestra alegría sea completa¹³.” El fruto del anuncio, según este testimonio de Juan, es una comunión nueva y una alegría completa.

⁹ Mt 4, 15 ; Is 8, 23

¹⁰ En este sentido, subrayemos que la conocida frase “No hay mayor amor que dar la vida por aquellos a los que amamos” debería ser traducida literalmente del siguiente modo: “No hay mayor amor que poner la vida por los amigos”, es decir para que la amistad nazca y crezca.

¹¹ 1Cor 13, 1

¹² Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, § 88.

¹³ 1Jn 1, 1-4

El texto de Lucas evoca también, con realismo, los casos de sordera y de indiferencia frente al anuncio. En este caso no hablamos de fracaso. ¿Quiénes somos nosotros para juzgar como si manejáramos los hilos de la historia¹⁴? Los caminos son múltiples, hay que partir en otra dirección sin hacernos problemas y que el anuncio del Reino de Dios sea proclamado, no obstante, en “las plazas públicas”, dice el texto de Lucas –hoy diríamos en el campo cultural, en los medios- para que permanezca disponible en la memoria colectiva. En efecto, todos y todas tienen el derecho de escuchar la Buena Nueva del Reino de Dios. En cuanto a los testigos del Evangelio, que recuerden siempre, en gozoso desapego, que no les corresponde a ellos medir la extensión del Reino pues no son sus administradores ni sus propietarios. Que recuerden, para mayor gozo suyo, la recomendación de Paulo VI, quien insistiendo sobre el deber imperativo para los cristianos de anunciar la salvación, no tuvo miedo de escribir en el mismo párrafo: “No sería inútil que cada cristiano y cada evangelizador examinasen en profundidad, a través de la oración, este pensamiento: los hombres podrán salvarse por otros caminos, gracias a la misericordia de Dios, si nosotros no les anunciamos el Evangelio¹⁵.” En efecto, Dios puede salvar antes que nosotros, sin nosotros, independientemente de nosotros. La Constitución Conciliar *Gaudium et Spes* lo afirma: “Cristo murió por todos, y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina. En consecuencia, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de sólo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual¹⁶”. Desde este punto de vista, los cristianos no anuncian la salvación para que el mundo sea salvado, sino porque éste ya es salvo y para que sabiéndolo sea feliz. Sólo Dios salva. Sólo El, en definitiva, cosecha. Esta fe en Dios nos fija en una inquebrantable esperanza.

Obreros en cantidad para la cosecha

Se plantea ahora una cuestión en el texto de Lucas: la cuestión de los obreros de la mies. La mirada de Jesús, según el texto, discierne en el mundo la promesa de una bella cosecha. Y aunque parezca que los obreros son pocos, él invita a rezar a Dios para que envíe obreros a su mies. ¿Qué ocurre hoy? Esta cuestión nos permite mencionar aquí el problema de las vocaciones sacerdotales. Es un tema crucial hoy para las Iglesias de nuestras regiones y el sentimiento de impotencia para acabar con la escasez de sacerdotes es muy grande. Desde hace unos cincuenta años, se reza por las vocaciones sacerdotales, aparentemente sin mayor éxito. Pero la Iglesia no puede dejar que se instale la falta de sacerdotes organizándose alrededor de los que quedan. El Concilio lo subraya, los cristianos tienen derecho a recibir en abundancia de los pastores “los auxilios de la Palabra de Dios y los sacramentos¹⁷”. A fin de poder honrar este derecho, ¿no podríamos considerar que las plegarias por las vocaciones han sido atendidas más allá de nuestras expectativas? Los sacerdotes que las comunidades cristianas necesitan, ¿no están ya presentes, diseminados entre las personas que están a cargo de la animación de las comunidades cristianas? ¿No podrían ser propuestos por dichas comunidades para su ordenación? Más que reagrupar las comunidades cristianas en unidades cada vez más extensas en función del escaso número de sacerdotes que quedan, ¿no se podría invitar a las comunidades locales a presentar sus candidatos para ser ordenados? Esto supondría, bien entendido, nuevas vías de acceso al sacerdocio, de capacitaciones adaptadas y una

¹⁴ El juicio de Sodoma en el final de los tiempos al que se refiere el texto de Lucas no depende de nosotros. Aquellos que, al término de la historia, no hubieren aceptado la paz se condenarán ellos mismos a permanecer en la violencia.

¹⁵ Paulo VI, Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi* acerca de la evangelización del mundo moderno, 1975, § 80.

¹⁶ *Gaudium et Spes*, § 22 ; Catecismo de la Iglesia Católica (1992), § 1260.

¹⁷ *Lumen Gentium*, § 37.

organización más flexible de diversos servicios ministeriales para las comunidades y para las personas¹⁸. Naturalmente ello exigiría una renovada reflexión teológica sobre el sacerdocio. La Iglesia no sólo tiene el poder sino el deber de hacerlo. Los pastores lo desean. El sentido de la fe de los creyentes lo reclama. Ya ha llegado el tiempo de la cosecha.



ISCA

Instituto Superior de Catequesis Argentino
PENSAR LA CATEQUESIS

¹⁸ Ver Fritz LOBINGER “Qui ordonner? Vers une nouvelle figure de prêtres, Collection “Pédagogie Pastorale”, N° 6, Lumen Vitae, Bruxelles, 2008.